

CUART MONER, Baltasar (1981) *Los colegiales médicos del Colegio de San Clemente de los Españoles*. Salamanca, Universidad de Salamanca-Real Academia de Medicina de Salamanca (Trabajos de la Cátedra de Historia de la Medicina, núm. 7) 96 pp. + 1 gráf. + 2 mapas. (*no consta precio*).

Desde que en 1924 Nicasio Mariscal publicara un estudio sobre las relaciones médicas hispano-italianas, la historiografía médica española más contemporánea viene prestando creciente atención a tan importante capítulo de la historia de la medicina española. Recordemos aquí, a título de ejemplo, los estudios del Prof. Riera Palmero sobre José Arnau y su formación en la Roma de finales del siglo XVII [*Asclepio*, 18-19, 533-552 (1966-67)], y sobre la cirugía española ilustrada y su comunicación con Europa (Valladolid, 1976).

La presente obra de Baltasar Cuart —antiguo becario del Colegio de San Clemente de los Españoles de Bolonia— es un interesante análisis sobre los 88 colegiales médicos que cursaron estudios en dicha institución italiana, y sobre su actividad profesional posterior, entre 1369 y 1587. Corrige, además, los diferentes errores en los que incurrió en su día el profesor de Historia de la Medicina de Bolonia, Vincenzo Busacchi [*Bulletin Hispanique*, 58, 182-200 (1956)], el cual sólo prestó atención en su estudio a los becarios españoles renacentistas. La monografía de Cuart está estructurada en un Prólogo, lleno de sugerencias acerca del rol jugado por los Colegios Mayores y sus colegiales en la España del siglo XVI, y tres capítulos. En el primero, estudia la importancia de las becas de Medicina en el conjunto del Colegio clementino; en el segundo, analiza detenidamente el número de colegiales médicos, procedencia geográfica y extracción social de los mismos. En el tercero y último, la carrera profesional de estos becarios una vez abandonaron el Colegio. La obra finaliza con sendos catálogos de los colegiales médicos según fecha de ingreso y colegiales nobles, y un cuadro en el que se recogen los grados obtenidos por aquéllos.

GUILLERMO OLAGÜE DE ROS

GARIN, E. (1981) *Medievo y Renacimiento. Estudios e investigaciones*. Madrid, Taurus, 257 pp. (*no consta precio*).

GARIN, E. (1982) *Ciencia y vida civil en el Renacimiento italiano*. Madrid, Taurus, 175 pp. (*no consta precio*).

Eugenio Garin (nacido en 1909), profesor —hasta su jubilación en 1979— de Historia de la Filosofía en Cagliari (1949-1950) y en Florencia (1950-1974) y de Historia del Pensamiento Renacentista en Pisa (1974-1979); además de catedrático del Instituto Nacional de Estudios sobre el Renacimiento y director de la revista *Rinascimento*, es un profundo conocedor de la cultura renacentista, tema genérico al que ha dedicado la mayor parte de su vida investigadora.

Su extensa producción escrita, iniciada en 1937 con el libro *Giovanni Pico della Mirandola*, ha sido traducida al castellano tan sólo parcialmente —cinco títulos— y con un notable retraso: todas las traducciones menos una —*Ciencia y vida civil en el Renacimiento italiano*— que fue ya publicada en Venezuela en 1972, han sido editadas por primera vez en la década de los ochenta.

Se reseñan aquí dos de las obras traducidas de Eugenio Garin en una impecable versión castellana de R. Pochtar. Ambas obedecen a criterios similares en su composición: el autor presenta, más o menos ordenada desde el punto de vista temático, una selección de trabajos suyos de muy diversa procedencia —conferencias, ensayos, artículos y notas—, cuya elaboración, a tenor de las fechas en que firma los prefacios, nos remonta a 1954 en el primer caso y a 1965 en el segundo. La relativa antigüedad de estos trabajos no resta, sin embargo, interés a ninguno de los dos títulos, ambos centrados en el mundo renacentista de las ideas.

En *Medievo y Renacimiento. Estudios e investigaciones* atiende a dos grandes cuestiones: por una parte, aborda, desde diversos ángulos, la problemática de las relaciones entre el humanismo cuatrocentista y la cultura de los mundos clásicos y medieval; y por la otra, profundiza, dentro del ámbito italiano, en torno a la aportación efectiva del pensamiento de los siglos XV y XVI en sus dos vertientes: los *studia humanitatis* y las ciencias de la naturaleza. El segundo libro centra su atención en el mundo renacentista italiano, especialmente en Florencia, examinando, a propósito de las figuras de Leonardo y Gálileo, algunos aspectos de la problemática científica de la época en relación con los estudios humanísticos, y revisando también lo que Garin llama *vita civile*, es decir, la realidad ético-política y urbana de ese mundo.

Para Garin la clave del fenómeno renacentista y del movimiento humanista está en la ruptura del equilibrio y de los esquemas de una cultura bajomedieval que se encontraba abocada ya a un callejón sin salida. En este sentido combate las tesis «continuistas» de quienes, sosteniendo que el Renacimiento constituye meramente el último capítulo del saber medieval, vacían de significación gran parte de la obra de los siglos XV y XVI. Lo que en realidad se produjo fue una transformación del modo de pensar, inicialmente en el ámbito «civil» —artistas, artesanos, hombres de acción— y de los *studia humanitatis*, pero que finalmente se hizo extensiva a la ciencia y a la filosofía. De este modo combate la visión simplista de quienes contraponen el mundo de los humanistas al de los científicos y filósofos, y restringen a los primeros el fenómeno renacentista (pp. 8-11, 1982). De algún modo en consecuencia con lo anterior, Garin ha sido uno de los investigadores pioneros en la revalorización historiográfica, constatable en las últimas décadas, del papel que la magia, la astrología y la alquimia —lo que en nuestro medio López Piñero ha denominado «subcultura científica extraacadémica»— jugaron en la crisis del pensamiento occidental de los siglos XIV y XV y en el surgimiento de la ciencia moderna. Coloca así a las tradiciones neoplatónica y hermética en una posición relevante dentro del mundo intelectual renacentista, y las convierte en una importante clave interpretativa de la época desde el punto de vista historiográfico, señalando una sugestiva línea de

investigación que actualmente siguen numerosos historiadores de la ciencia y de la filosofía.

La lógica imbricación temática que se aprecia en los diferentes trabajos no es óbice para que pueda examinarse su contenido agrupándolos según su objeto preferente. Así Garin examina la vida ético-política de la Florencia cuatrocientista en sendos estudios dedicados al ciudadano Donato Acciauoli (pp. 155-206, 1981) y a los secretarios humanistas de esta república (pp. 21-47, 1982). En «La ciudad ideal» (pp. 49-70, 1982) analiza además, con Florencia como telón de fondo, el ideal renacentista de ciudad y su vinculación al modelo clásico de la *polis* griega. En otro estudio (pp. 39-51, 1981) destaca los estrechos lazos que unen la poesía medieval anterior al siglo XIII con la teología y la filosofía platónica. Tras examinar la «poesía de los libros sagrados», hace lo propio con la «poesía de las fábulas profanas» (pp. 52-68, 1981), apreciando una diferente consideración de éstas en el Medioevo y en el Renacimiento. A los géneros literarios preferidos por los humanistas (la epístola, el diálogo, la oratoria, etc...) dedica Garin dos trabajos. En uno (pp. 85-94, 1981) sostiene la tesis de que la aparente revolución formal de la prosa humanista responde en realidad a otra revolución más profunda y sustancial en torno al diálogo como forma expresiva ejemplar en la vida civil; en el otro (pp. 95-111, 1981) examina la incidencia de la retórica en el mundo renacentista y la evolución del conflicto de competencias (vida civil, filosofía, ciencia) que, ya en el siglo XIV, se abre entre ésta, la dialéctica y la antigua lógica. El último de los trabajos consagrados a la vida civil y las humanidades está dedicado al surgimiento de la conciencia histórica como uno de los rasgos más originales del Renacimiento (pp. 140-52, 1981).

El otro gran bloque temático que puede establecerse lo constituyen los estudios relativos a la filosofía, la ciencia y las diversas subculturas científicas presentes en el mundo renacentista. Hay una sugestiva y bien documentada reflexión sobre el proceso de desintegración del modelo griego de la ciencia y del pensamiento a lo largo de la Edad Media, sobre todo a partir de la crisis de la escolástica (pp. 15-38, 1981). Garin destaca el papel de las filosofías averroista y occamista en la crisis del aristotelismo, base de la ciencia medieval, así como el de la medicina mágica, la astrología y la alquimia en la aparición del nuevo pensamiento científico que se configura netamente en el siglo XVII. Precisamente a estas subculturas científicas se consagran tres capítulos (pp. 112-24, 125-39, 207-22; todos ellos en el libro de 1981). Garin insiste una y otra vez, en la grave minusvaloración historiográfica del papel de estas subculturas en el surgimiento de la ciencia moderna. Cuando examina la figura de Leonardo da Vinci (1452-1520) en constante relación con el rico mundo cultural florentino al que perteneció y del que no dejó de ser un exquisito producto (pp. 223-43, 1981; 71-113, 1982), hace hincapié en que sus rasgos son más propios —contra la frecuente imagen que de él existe— de un artista y poeta que de un hombre de ciencia y filósofo. Hace lo propio a continuación con el gran veneciano Galileo Galilei (1564-1642), pieza clave de la revolución científica (pp. 115-67, 1982).

Finalmente Garin procede a una revisión historiográfica del fenómeno

renacentista (pp. 69-81, 1981). Señala como una importante conquista de la investigación histórica actual, el descubrimiento de que el mito del renacimiento es un artefacto historiográfico producto de la polémica que los humanistas sostuvieron con la cultura de los siglos precedentes. Pero, a partir de este descubrimiento, algunos historiadores, defensores de lo que pueden llamarse tesis «continuistas», han ido demasiado lejos, al negar la novedad del Renacimiento sobre la base de la permanencia de los mismos contenidos y problemas que en la Edad Media. Garin se sitúa frente a esta postura y destaca que la ruptura efectivamente producida no nos remite materialmente a un contenido, sino a un nuevo espíritu, a una nueva manera de ver las cosas y, sobre todo, a la conciencia despierta de un nuevo nacimiento del hombre para sí mismo.

Para terminar sólo me resta hacer algunas apreciaciones de detalle. En primer lugar, lamentar el notable retraso —quizá debido a la beatería anglo-sajonizante de nuestros editores y ambiente académico— con que éstas y otras obras de Eugenio Garin llegan al lector castellanoparlante, retraso que hubiera podido paliarse si el editor español hubiese actualizado la bibliografía. En su descargo cabe, no obstante, señalar que tampoco subsanaron esta deficiencia las ediciones italianas de 1973 y 1980, punto de partida de las versiones castellanas de una y otra obra, respectivamente. El que varios de los trabajos fueran originariamente conferencias explica, pero no justifica, que el aparato crítico de algunos de ellos sea tan escaso o brille incluso por su ausencia. Debe advertirse también que uno de los estudios, el titulado «La cultura florentina en la época de Leonardo» se reproduce idéntico en ambos libros.

Alguno de los reseñadores españoles de la obra de Garin —p. ej. V. Navarro Brotons— ha destacado una limitación en sus investigaciones: la escasa atención prestada al mundo universitario en relación con los orígenes de la revolución científica. Es un criterio que personalmente comparto.

JUAN ARRIZABALAGA

RAMAZZINI, Bernardino (1983) *Tratado de las enfermedades de los artesanos*. Traducción y notas de José L. Moralejo y Francisco Pejenaute. Estudio preliminar de Francisco L. Redondo. Madrid, Ministerio de Sanidad y Consumo (Instituto Nacional de la Salud, Servicio de Relaciones Públicas, Información y Publicaciones, núm. 1397), 391 pp. (*no consta precio*).

No es fácil para los profesionales sanitarios españoles el acceder a las obras históricamente más significativas en el desarrollo de las ciencias médicas. El ambicioso proyecto trazado por el profesor Laín Entralgo en sus «Clásicos de la Medicina» se ha cumplido sólo fragmentariamente, editándose, desde 1946 a hoy, nada más que siete de los cincuenta y un títulos previstos. Por ello debe ser bienvenida toda iniciativa que extienda la gama de clásicos médicos traducidos al español, como en el caso que comentamos.